

Casi...

En realidad fue Pablo quien le presentó a Jon. Pablo había sido su compañero de infancia, de calle, de bachiller y hasta la universidad le parecía que no se habían separado un momento. Incluso tuvieron un titubeante noviazgo en la creencia de que el amor y la amistad son el cóctel perfecto para 2 vidas felices.

En el 2º año de carrera quedó con Pablo para que le aclarara una duda de Termodinámica y éste vino con un compañero de clase, ni feo ni guapo, ni alto ni bajo, algo delgado y con unos ojos negros que ¡ya!. Bueno, se enamoró cuando le vio sacar la pipa en la reunión de la revista del barrio a la que Pablo le había invitado porque entendía de multicopistas. Y todo fue rodado.

Eran el cuarteto perfecto, Pablo y Miren, otra amiga de la infancia, más de Pablo que de ella, y Jon y Ana. Hicieron viajes a dedo, en tren, en coches pequeños. Algún que otro escarceo de menaje a 4 en noches de euforia frente al mar. Se rieron y amaron. Y se casaron, 2 a 2.

Los años fueron adelante y siguieron viéndose. Quedaban casi todos los domingos al mediodía o a la tarde, para dar un paseo y tomar algo. Sus vidas eran ahora más clandestinas. Sin haberlo verbalizado, cuando se veían aprovechaban para hablar de lo no rutinario. De hecho no sabían casi nada de lo que hacían durante la semana. La vida familiar de cada pareja se quedaba al margen de las citas del domingo; cuando algo grave o importante sucedía sí que hablaban de ello pero sin peso, sólo para descargar un poco la preocupación o la alegría y sentir que seguían juntos.

Aunque quedaban los cuatro Ana se veía caminando siempre al lado de Miren. Cuando se encontraban en el bar formaban un círculo de cuatro, a veces llegaban de dos en dos. Depende. Pero pedían para beber y hablaban en corro. Al salir, sin darse cuenta, acababan yendo de dos en dos. Delante Pablo y Jon. Detrás Ana y Miren. Ana conocía a Miren desde pequeña pero sabía poco de ella. No le creaba curiosidad. Era amable, escuchaba, también podía ser ocurrente y divertida cuando contaba batallas del trabajo o de los hijos. Pero ni la conocía ni quería conocerla. Le era hermética. Estaba con ella porque quedaban los cuatro. Si algo se rompiera en el cuarteto todo cambiaría.

Ayer Ana llegó la primera porque había ido a casa de su madre a comer sola con Eider, su hija. Tenían que hablar de algo importante y a su madre no le gustaba airear los problemas familiares. Siempre había aceptado con agrado la no injerencia de Jon en sus vidas.

Al llegar, Ana no vio a nadie, pero cuando volvió del servicio Pablo acababa de pedir una manzanilla. Tenía el estómago cargado por una riada de pinchos y vinos que había estado tomando con unos excompañeros de carrera, Jon incluido. Este había ido a buscar a Miren ya que Pablo se veía incapaz de conducir y se había adelantado para no hacer esperar a Ana.

Empezaron a hablar. Hacía mucho que no se sentían tan cómodos compartiendo palabras y miradas. ¡Hacía tanto que no estaban a solas!. El tiempo pasó rápido, había encantamiento, luz, cariño. Tardaron en darse cuenta de que Miren y Jon habían llegado y no se atrevían a rasgar la tela que había tejido a su alrededor.

Al fin volvieron al mundo, se saludaron y salieron a pasear. Sin darse cuenta, Miren y Ana empezaron a caminar juntas y Jon y Pablo, por delante, hablaban de una nueva máquina milagrosa.

Ana miraba a Miren con ojos ensombrecidos. Le costaba prestar atención a aquella receta que con tanto interés le había pedido el domingo anterior. Miraba la espalda de Pablo, un poco menos encorvada que en los últimos tiempos. Le había sorprendido, después de los años, esa mezcla de intimidad, confianza, cariño y repetición. Si. Repetición. Como si también ayer hubieran compartido el tiempo rutinario y privado, el contarse cómo les había ido el día. Y pensó que la confianza, lo relajada que se sentía con Pablo no le venía de la vida compartida al lado, día a día, sino de haber vivido un mismo tiempo. El mismo recorrido por afanes, deseos, gustos, fracasos, empeños, errores, había escrito la Historia que les convertía en cómplices aunque apenas hubieran compartido un trozo de sábana. Siguió caminando y escuchando la voz de Miren. Sorprendió el perfil de Pablo mirando de reojo hacia ellas.

Ana sintió un leve remordimiento, por su deseo, porque ya le faltaba Pablo, porque estaba cachonda y casi se había olvidado de estarlo. Porque sólo pensaba en acurrucarse en su vientre y mirar hacia la cima de sus ojos, reír en sus caderas, reír... y derramarse entre sus dedos. No regresar nunca al tiempo vacío de ayer. Comenzar hoy un amor de sorpresa y locura, de los que dejan señal. Irlo tallando a golpes, a encontronazos, a veces agrios y a veces dulces.

Su cabeza flotaba al recordar que ya hacía mucho que le quería . Pero no cedió al impulso de rodearle la cintura por detrás, como hace años. No cedió al deseo de mirar en sus ojos, adentro. No cedió al grito que le salía de las tripas. No cedió. Volvió su mirada a Miren. A aquélla que no sabía nada, que seguía hablando como si la vida se deslizara hacia adelante, sin obstáculos, sin caminos a derecha o izquierda, sin aviones para escapar lejos.

Oyó una voz que le llamaba. Regresó y meneó la cabeza suavemente. Espantando el pensamiento. Siguió caminando y sonrió a Jon que propuso un té en Igeretxe. Siempre tan exquisito, tan apropiado, tan previsible. Plegó el deseo para guardarlo en el bolsillo. Rechazó el anhelo de huir y entró con ligereza al bar, dispuesta de nuevo a ser cuatro y a arrancarse las ganas de llorar.

Maite Rodríguez